

minúsculas

Fotografías: Serie *Industrial Landscapes, Ohio*. Steve Cagan

“...no mar estava escrita
uma cidade”

Ignacio Piedrahíta

En una punta de la playa de Copacabana, Río de Janeiro, hay un bronce que conmemora el centenario del nacimiento de Carlos Drummond de Andrade, con fecha de 2002. Es una escultura de cuerpo entero del escritor, sentado en una banca a la orilla del mar. Flaco, menudo, pero con un mentón fuerte y cuadrado, posee un aire de independencia y tranquilidad. Parece un transeúnte que se detuvo a ver pasar la gente por el

bulevar de la playa: uno más de los personajes de la cotidianidad carioca.

En principio resulta extraño que, mientras las personas suelen sentarse en estas bancas de frente al mar, Drummond de Andrade haya sido esculpido mirando hacia la ciudad. Y, más, cuando el siguiente verso suyo está grabado en el costado de la banca: “en el mar estaba escrita una ciudad”. Al estar de espaldas al océano, el escritor parece contemplar los morros de piedra que escoltan la playa en tierra firme. De color negro y pinceladas de verde selvático, estos morros se levantan contra el cielo azul oscuro y le ofrecen a los habitantes enigmáticas referencias. El morro de Cantagallo, el de São João, el de Leme, el

Pão de Açúcar que se ve sobre la otra punta de la ensenada, o el Corcovado que surge por detrás, imponente, vigilan el mar desde las alturas.

Tanto los relatos como los poemas de Drummond de Andrade resultan simples en apariencia. Son obras breves que se refieren a la realidad cotidiana, pequeñas historias del día a día. El lector puede observarse a sí mismo fácilmente en cada una de sus páginas, llenas de humor y buen pulso. Sin embargo, ocurre que se abren en esa superficie llana profundas grietas, por medio de las cuales se observa el alma de la vida diaria. Todo ello sucede a la vista de los promontorios de piedra, a quienes nada se les escapa, y, aun así, se conservan impasibles.

De hecho, ocurre con estos morros algo similar a lo que sucede con la escritura de Drummond de Andrade. De lejos su superficie parece bastante lisa, pero de cerca, allí donde aflora la roca original, se observan sus grandes cristales metamórficos. Los morros se formaron bajo la corteza terrestre cuando Suramérica y África estaban unidas, y sólo comenzaron a subir a la superficie después de que los continentes se separaron. Al igual que los habitantes de la ciudad, estas rocas tienen parientes en África y, al estar levantadas sobre la costa, parecen intentar avistar a lo lejos su tierra natal. El escritor vería en ellos seguramente esa mirada, esa enorme mirada.

En uno de sus poemas, Drummond de Andrade dice: “soy preso de la vida y observo a mis semejantes... No huiré a islas ni seré raptado por serafines. El tiempo es mi materia, el tiempo presente, los hombres presentes, la vida presente”. En la piedra de los morros está detenido el instante de su formación. Sin embargo, éstos no evocan el pasado sino un eterno presente. Esos cristales de los que están hechos, que tienen forma alargada de ojos, han visto tantos secretos subterráneos como de la vida presente. Los morros de Río de Janeiro no son islas en medio de la ciudad. Las favelas de los pobres

trepan por sus laderas no para escapar, sino para entrar en ella.

A menudo, en la misma banca donde está Drummond de Andrade, se sientan personas del común a ver los bañistas bajo el sol. Las olas del mar revientan con fuerza sobre la playa y su espuma blanca agita la piel oscura. Ante esas unidades enormes: roca, mar, sol, la alegría se expresa como una sola. Mientras tanto, allí sentado, el poeta escucha las conversaciones pasajeras y se presta sonriente a la caricia del paseante, quien, por cábala, abriga el dorso de sus manos huesudas. Después de esa bendición, el hombre común de Río de Janeiro sigue su vida diaria “sin palabras ni códigos, apenas / montañas y montañas y montañas / océanos y océanos y océanos”.



Yo el Otro

Eduardo Escobar

En las parameras de La Calera, en las goteras de Bogotá queda bien dicho porque llueve con persistencia, mis vecinos formaban una tribu

estrambótica compuesta por dos familias numerosas de apellidos históricos. Coexistían en una solidaridad misteriosa, incestuosa, de la mesa, la cama, la muerte y la borrachera. Se apareaban entre ellos, tías con sobrinos, primos y primas, padres e hijas; compartían las mismas papas sembradas en común, y cuando se emborrachaban se mataban con una fatalidad inquebrantable. Después se enterraban haciendo ostentación de mocos y pujidos. Y seguían recordando a su muerto como si nada hubiera pasado, y al matador, preso o fugitivo, con el mismo cariño de siempre.

Sobre todo me asombraba de mis vecinos que pudieran reconocerse sobre los horizontes como cara a cara. Allí va Anselmo decían sobre un punto que pasaba en el horizonte, allá va Anatilde para donde Tadea. Se sabían distinguir por el olor —quién sabe, eran sucios— por el modo de desplazarse, o por el deshecho que habían tomado.

Asimismo la menor sombra de Otro en una bruma remota de la región de nubes, ovejas y piedras heladas, levantaba sospechas, alzaba una algarabía entre las casuchas diseminadas por el pequeño territorio de frailejones. Y el forastero, el atibado, interceptado a la larga sin remedio, pues los Cortés cono-



revista
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
ISSN: 0120-2367

Rector
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general
Martiniño Jaime Contreras
Secretaria general
Ana Lucía Herrera Gómez

Director: Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Lina María Ruíz Guzmán
Diseñadora:
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:
Hilda Milena Villegas Mejía
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial: Jairo Alarcón, Héctor Alzate, Sandra Arenas Grisales, Carlos Arturo Fernández, Efrén Alexander Giraldo, Pablo Montoya, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Martha Alicia Pérez, Luz María Restrepo

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
E-mail: revudea@catios.udea.edu.co
Página web:
<http://www.editorialudea.com>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE

Canje:
Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238
Tarifa postal reducida para libros y
revistas N.º 843 de la Administración
Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.



habrían de morir, entre ovejas y piedras y las nubes que reptaban entre las eras. Eran unas nubes llenas de agua, que el cielo dejaba caer de su peso.

Eran hermosos, mis vecinos. Evocaban una antigüedad congelada en unas breñas andinas donde escasea el oxígeno. Una nobleza de siervos recién liberados. Marcelino, el patriarca, me recordaba a un criado de un amigo de Montaigne. Eran rubios y pequeños. Rezagos cromosómicos de los hombres del conquistador Federmán que debió entrar a la sabana de Bogotá por esos cañones que el sol apenas toca cuando le da la gana.

El abuelo de todos adelanta el camino con la escopeta pavonada cada domingo, erguido y mal bañado, el moquero sobre los labios tostados le da el aire de un Hitler manso. Detrás va su mujer Carolina. Y detrás de ella la recua de los maridos y las mujeres y los críos con sus mejores harapos. Los zapatos de todos hacen gestos con las lenguas. Cuando invité una vez a mi casa a un amigo de San Andrés, los críos saltaban detrás de él, gritando: “Un negrito, un negrito”. Y las madres salían a las puertas y se quedaban contemplándolo como una aparición. Y los abuelos apenas podían creer que iban a morir después de haber conocido uno.

Mis vecinos hablaban en arcaísmos. Decían menestra por menester y valvador por evaluador. Algunos habían visto al demonio en unas aguas negras. Otros vieron bajar una sirena muerta por el río. Todos le echaban agua del río a la leche que vendían. Y hacían unos quesos enormes y grises. Y comían, cuando no había más, la frutilla de la papa que dicen que mata a los irlandeses.

El celo por el territorio no era un privilegio del analfabetismo

de mis vecinos de La Calera, muchos de ellos afásicos para ajustar por culpa de las papas, según la teoría no tan peregrina, tal vez, de don Rafael Pombo. Hace años, en un barrio de clase media en cualquier ciudad colombiana, un pobre debía probar que era ave de paso, que andaba arreglando una cañería, destrabando una puerta, o cogiendo una gotera en un techo ajeno. Era fácil convertir en un pobre sospechoso a un pobre común y corriente. O a un negro. Guardo un recuerdo penoso de uno de mis primeros asombros infantiles. Mi madre avisó a la policía, por el teléfono recién estrenado, la presencia de un sospechoso en la esquina. ¿Por qué un sospechoso?, se preguntó mi inocencia, asaltada. Después al crecer, lo supe: era negro. Y desentonaba en el barrio de blancos a pesar de sus calzones bien cortados, de lo limpio que estaba y de lo bien acicalado. Pero era negro y disonaba. Y Picasso y Schomberg aún no nos habían enamorado de las disonancias.

En el mundo aterrado de hoy, los negros y los pobres acabaron por imponer su importancia, y son más o menos aceptados, por lo menos de un modo formal y relativo dentro del género humano. Pero las categorías del sospechoso se amplían todos los días más allá del prejuicio del espacio, la clase económica y la raza. El vicio de sospechar busca motivos para mantener el miedo del forastero. Y cualquiera puede ser convertido en sospechoso por la inteligencia del Orden en un santiamén.

No basta ya ir con un pobre vestido para despertar el interés de la policía, ser negro en el lugar equivocado, ni llevar una maldita cara de pobre por delante cerrando puertas. Los terroristas y los timadores van vestidos a la última moda, comen en los

mejores restaurantes, entran y salen de los capitolios, huelen como millonarios.

Un niño de diez años fue detenido en un aeropuerto yanqui por la casualidad de llevar el nombre de un perseguido de la policía, dicen los diarios. La edad no concuerda con la ficha del asesino, alega la madre. Pero el nombre puede ser un estigma. Como la lengua. En un aeropuerto español, un trío de señores con maletines de lujo, Rolex, y Mont Blanc en el bolsillo de la camisa de seda, con toda la parafernalia del éxito contemporáneo en regla, fueron solicitados por la policía. Y sus equipajes de mano registrados. Porque hablaban en árabe. Y fueron obligados a mandar sus equipajes en la bodega. La civilización globalizadora, la realización de la aldea planetaria contra todo lo esperado, no hace más que aumentar el radio de las desconfianzas y el miedo-pánico. El comercio internacional de las cosas y de los espíritus que se siguen de cerca prometía diluir poco a poco el prejuicio del amor por el territorio, y convertir el concepto de patria en un montón de arcaísmos para delicia de los futuros arqueólogos de las ideas muertas. Sin embargo, contra los pronósticos, los particularismos proliferan. Y el miedo en las ciudades. Algunos todavía se inflan de orgullo ante unos terrones más o menos inertes. Otros se encogen ante un lenguaje extraño.

Lo peor es que nos sobran razones para desconfiar del negro, el blanco y el chino. No hay que menospreciarlos. Son idénticos a nosotros. Y cargan los mismos sueños terribles que nosotros a veces soñamos. La sicología moderna, las llamadas ciencias del espíritu, la genética y la anatomía del cerebro, enseñan además que aquello que nos escandaliza

en el Otro es lo mismo que nos esforzamos por reprimir, aquello contra cuya revelación nos mantenemos vigilantes en una jaula de cortesías, reglamentos y disciplinas.

Cualquiera puede transfigurarse el día que menos piensa en otra cosa, en su propio espanto. La apariencia y la buena conducta no garantizan nada.

El último campeón del espionaje del siglo XX —espía doble además— era un atildado caballero de origen inglés, amado por su vecindario de raza blanca, de costumbres regulares y saludables. Militante del Opus Dei, jamás faltó a la misa dominical de la parroquia. Trotaba los domingos en su jardín. No bebía, no fumaba, ni blasfemaba. Tenía una sola aberración que también puede confundirse con un rasgo de generosidad: grababa sus esparcimientos conyugales para divertir al único amigo que tenía en este mundo.



Las casas de los amigos

Paloma Pérez Sastre

La casa crece y habla.
Pablo Neruda, *La Sebastiana*

*Hacer de cada espacio donde se esté,
un lugar limpio,
aireado, claro, un oasis para uno
mismo y para los otros.*
Marguerite Yourcenar

En Latinoamérica, en cuya literatura el vocablo casa es el más frecuente —*Cien años de soledad* se iba a llamar *La casa*—, y al contrario de lo que sucede en países como España o Japón,

cían los atajos hacia los Ricaurte y los Ricaurte los de los Cortés, debía explicar su presencia en la geografía comunitaria bajo la amenaza de sus perros, innumerables como ellos. Parecían muy agresivos mis vecinos, lo mismo que sus perros. Pero eran todos pura ternura, a pesar de la tosquedad impostada. Se amansaban pronto. Eran de corazón blando, aunque vivían entre esas piedras negras de hielo.

A mí me humillaba que mis sentidos atrofiados por la sobresaturación de los estímulos urbanos fueran incapaces de percibir las pequeñas excentricidades en

el paisaje como ellos hacían, a Anatilde en una bruma, a Anselmo haciendo la siesta al aire delante de su rancho de latas, al excursionista del tamaño de una cagada de mosca en la opacidad de un aguacero, y a su perrito de compañía con chaleco.

A veinte minutos de Bogotá mis vecinos no conocían la Plaza de Bolívar. Si acaso, iban al pueblo cercano para contraer matrimonio, o cuando contraían alguna enfermedad reacia a las yerbas tradicionales. Pero así mismo celaban cada centímetro del pequeño mundo sombrío donde habían nacido y donde

en donde las costumbres cierran los espacios íntimos y, por tanto, el encuentro en cafés y bares es la norma, las casas de los amigos siempre prometen nuevos encuentros, y aún nuevos amigos. Las primeras emociones esperan al huésped en la invitación a hacer “el recorrido”, o *tour*: tímido y breve la primera vez; amplio y prolongado cuando se permanecerá unos días, y en el que cada quien se detiene, según sus afinidades, en el jardín, el garaje, la cocina, el estudio... El invitado va tras el calor de la charla, la comida y el vino, pero, sin esperarlo, se puede encontrar con la solución al problema arquitectónico, el secreto culinario, el buen consejo y, por qué no, el amor de su vida.

Las casas de los amigos suelen tener espejos, y ante ellos desnudamos nuestras propias fantasías. Traspasar las puertas de otra casa significa dejar afuera lo hostil y entrar con permiso en el refugio ajeno. Lo interior es intimidad, imaginación materializada, extensión de los sentidos. Hasta la vista se incorpora al nido, desde ventanas y balcones el mundo aparece restaurado; son distintas y lucen más felices las personas que pasean a sus perros, los niños que van al colegio de la mano de sus padres, los albañiles que construyen el edificio de enfrente, el hombre colgado de un arnés que limpia una fachada. Mientras, sin advertirlo, otro nos contempla asomado a otra ventana.

Para concebir de veras la palabra casa, hay que vivir las de los amigos; los necesitamos para saber de nosotros y para completar el mundo. No basta con ser contemporáneos, hemos vivido otras experiencias, y ¿quién quiere ahorrarse los relatos? El momento privilegiado para contarlos es cuando se visita a los que han emigrado. Al lado

de los amigos idos se concreta la idea de Mark Twain: “Viajar es fatal para prejuicios, intolerancia y estrechez de pensamiento”; es cuando el mundo imaginado se desdibuja y asume, a través de otra sensibilidad, otros tintes, otras emociones. Cada calle, cada bar, cada estación, prometen un paisaje, un sabor inusitado, un estremecimiento, la rasgadura de un supuesto, el hallazgo de un vínculo inadvertido. Así dormí en una “casa tomada” londinense con *hippies* de varias nacionalidades; caminé vecindarios en Miami y en Brooklyn, y conversé largamente en sus *laundries* olorosas a jabón y suavizante, con una cerveza en la mano; así me “piqué” desde el desayuno con chilaquiles en el barrio de Tlalpan del D.F. horas antes de ser engatusada, es decir, iniciada y consagrada en el culto por los gatos. En suma, la “alegría de un viajar en compañía” del verso de Antonio Machado.

Pero es en el hallazgo de los juguetes ajenos cuando más se agudiza aquello de que el prado es más verde en el jardín de al lado: el amigo posee el libro de preciosas ilustraciones frente al que debemos contentarnos con pasar la mano acariciadora, el manuscrito del antepasado

que observamos con minucia y hojeamos con fervor, el video de la ópera desde hace tiempo perseguida, todas las películas de Bergman, o, como en la casa del lago de mi amiga Pilar: la colección de la revista *Life* donde, entre muchas otras fotos en blanco y negro, aparecen Farah Diva cuando era apenas una de las candidatas a casarse con el Sha de Irán, Jackie en su recién iniciado romance con Onassis, y, en otra, la atribulada María Callas, cuyo rostro —si se mira bien— se parece al de la viuda.

¿Utilitarismo? Estoy recordando a un paisano de Machado, cuya columna no dejo de leer los domingos por la mañana, cuando mi casa alcanza el máximo nivel de calidez y silencio. Manuel Vicent afirmaba que la amistad es una cosa utilitaria que sólo sirve para ayudarse. Habrá que reconocerlo, por más fraternidad que queramos atribuirle, la amistad es amor. Así que, ¿por qué habría de carecer de la pulsión antropófaga que inevitablemente se remuerde en sus entrañas?

Profesora de la Universidad de Antioquia.



Tiempos

Andrés García Londoño

Gracias a los avances en nutrición y medicina, se prevé que en este siglo nacerán personas que alcanzarán los ciento cincuenta años de vida. Es posible que la primera sea una mujer, profesional, de origen japonés —probablemente de la isla de Okinawa, para más señas, pues son los ciudadanos más longevos del planeta— y con una dieta rica en pescado marino. Pero lo que parece aún más importante, es la viabilidad de que el tiempo que conserven el pleno uso de sus facultades mentales supere los ciento cuarenta años.

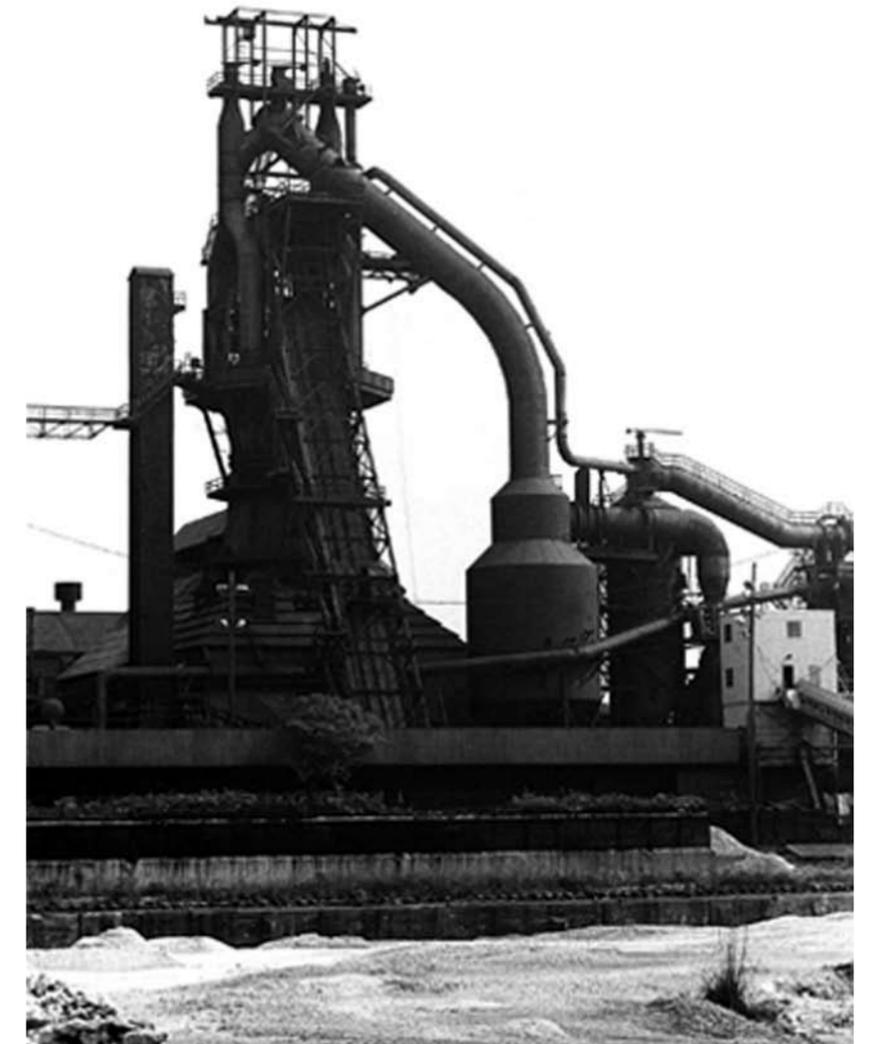
Ahora, ¿ciento cincuenta años es poco o mucho? Sin duda poco si se piensa en términos de ciclos geológicos, o se recuerda que los dinosaurios dominaron la Tierra por ciento sesenta millones de años. Pero si se mide en términos de la civilización humana, con unos diez mil años desde la creación de las primeras ciudades, constituye un poco más del 1% de la historia de la especie desde la invención de la agricultura, lo que parece apenas justo para un solo individuo, ¿no?

Después de todo, si alguien muriera hoy mismo en Colombia con ciento cincuenta años cumplidos, habría presenciado más de un acontecimiento interesante en su vida: se habría perdido por poco la liberación de los esclavos (1952), habría presenciado como cuarentón la Guerra de los Mil Días (1899-1902), como sesentón la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en sus ochenta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), a los cien habría visto la primera votación en Colombia

donde se permitió participar a las mujeres (1958), y seguramente se habría desesperado durante la última parte de su vida por una guerra civil de más de cincuenta años que aún no termina.

Ya centenario, habría contemplado además grandes expediciones con los primeros pasos del hombre fuera de su planeta natal: la llegada de los astronautas a la Luna (1969), el vuelo de la sonda Mariner alrededor de Marte (1971) y el lanzamiento de la nave Voyager, nuestro primer emisario fuera del sistema solar (1977).

Seguramente, entre lo más llamativo habría sido ver el cambio en los hábitos cotidianos gracias a los nuevos inventos: la invención del teléfono por Antonio Meucci (1860), la creación de la primera bombilla eléctrica (1879), la radio (1887), la llegada del primer automóvil a Colombia (1901), el avión de los hermanos Wright (1903), la nevera eléctrica (1913), la televisión (1922), la energía atómica (1951), el primer horno microondas (1965), el computador personal (1981) y la internet (1990), entre muchos otros.



Si esa persona tiene otras inquietudes, quizá le habría resultado particularmente interesante el panorama artístico: Picasso y el cubismo; Camus, Sartre y el existencialismo; Borges, Dalí y lo fantástico; la nueva arquitectura de Le Corbusier y Salmons. Así como lo ideológico: la crisis del cristianismo luego del siglo XIX que aún no termina de definirse, los setenta y dos años entre la Revolución de Octubre y la caída del muro de Berlín, el declive de Inglaterra como primera potencia del mundo y el ascenso a esa posición de Estados Unidos, así como la actual presión de China por ocupar ese lugar.



En fin, sí, definitivamente habría presenciado muchas cosas interesantes. Como espectador... Pero como actor —esto es, en cuanto a lo que él mismo hiciera, a cuál fuera, por decirlo así, su “saldo de vida”—, ¿habría mucha diferencia? ¿Será necesario tanto tiempo de existencia para dejar una marca en quienes nos rodean? ¿Acaso no basta a veces sólo un día para justificar una vida? Basta simplemente con tomar una decisión valiente en el momento adecuado para salvar a otros seres, o un acto generoso o terrible para quedar inscrito

para siempre en el recuerdo de otra persona.

E incluso si se quiere ser tan ambicioso para pretender transformar el mundo de forma drástica, ¿resulta en verdad necesario tanto tiempo de vida? Con menos de la tercera parte, Simón Bolívar contribuyó a cambiar radicalmente el mapa político del planeta al liberar seis países del yugo colonial. Y con poco más de la quinta parte, el Ché Guevara y Marilyn Monroe se convirtieron en dos de los íconos más famosos del siglo XX, Arthur Rimbaud movió para siempre los límites de la poesía, Wolfgang Amadeus Mozart revolucionó la música,

Alejandro Magno conquistó el mayor imperio de la Tierra y Jesucristo fundó una religión con tanta relevancia histórica que incluso cambió la forma en que medimos el tiempo, dividiéndolo a partir de su nacimiento en un antes y un después.

En fin, llegamos así, desde otra perspectiva, al mismo postulado que Einstein enunció hace casi cien años en la física teórica: el tiempo es relativo. Según su más famosa teoría, dado que el espacio y el tiempo se afectan mutuamente de una forma que resulta más perceptible en

ejemplos extremos, alguien que viajara a una velocidad cercana a la de la luz, al regresar a la Tierra luego de lo que para él fue sólo un viaje de un par de años, encontraría que la mayor parte de la gente que conoció ya habría muerto de vejez. Lo que acabamos de describir son las consecuencias de lo que se conoce como dilatación temporal —magistralmente descritas, a propósito, por Stanislaw Lem en *Retorno de las estrellas*— y, aunque no la percibamos la mayor parte del tiempo, la vivimos siempre que nos movemos, bien sea a pie, tren o avión. Y en el caso extremo que acabamos de describir tiene consecuencias también extremas: el “síndrome del viajero espacial”, consistirá en una eterna soledad temporal a menos que alguien viaje junto a él.

Pero no hace falta viajar a la velocidad de la luz para apreciar que el tiempo es relativo: no vivimos el tiempo del sexo de la misma manera que vivimos el tiempo laboral; aunque el reloj pretenda contradecirnos, no son el mismo lapso cinco minutos de alegría que cinco minutos de dolor; ni un mes de cautiverio es lo mismo que un mes de vacaciones. Nuestro cerebro tiene su propia relatividad frente al tiempo. No conoce *el* tiempo; conoce *los* tiempos. E incluso, en algunos casos, esta capacidad puede fomentarse a partir del entrenamiento: algunos deportistas, en particular beisbolistas, tenistas y artistas marciales, alcanzan un estado de concentración tan elevado, “entrar en la zona”, le dicen, que todo lo demás desaparece y los objetos parecen moverse más lento, lo que les da “mayor tiempo” para reaccionar. Y si ellos consiguen esto, ¿por qué no podría suceder lo mismo con filósofos o artistas? ¿No será que simplemente no tenemos constancia de eso? ¿Cómo



apreciaría Mozart el tiempo mientras escribió en sólo tres días solares su sinfonía número 36, más conocida como *Linz*? ¿A cuántos lugares del Cosmos y de la historia viajaría el cerebro de Nietzsche, a mayor velocidad que la luz, para escribir *Así habló Zaratustra*?

Así, por más prometedora que parezca la perspectiva de vivir más de cien años, tenemos que confesarnos que eso no nos brinda la más mínima garantía de vidas más productivas. Al final, sólo queda como certeza la sabiduría de un lugar obvio: más que los años que vivamos, en el balance final de nuestras vidas contará cómo hayamos usado cada día.



Sofocleto

Luis Fernando Mejía

Sofocleto, nombre literario del culto humorista peruano Luis Felipe Angell Lama (1926-2004), escribió, dándole de filósofo griego: “nadie tiene personalidad cuando está a solas”. Quiso decir que la personalidad es un asunto o un engendro social, distante de lo más íntimo y esencial del ser humano, según se trate del individuo

A la personalidad la perfilan los demás, es decir, el inevitable prójimo. Es éste, y no más que éste, el que determina si un vecino es mal geniado, envidioso, simpático, avaro o solidario; características que ordinariamente citan los expertos dentro del conjunto de aspectos que distinguen a un sujeto de otro. Así, entonces, cuando alguien se relaciona, o lidia, con otro, surge la personalidad. Las virtudes y los defectos deben tener vecinos.

Resulta razonable que así ocurra, pues, por ejemplo, el mal genio no lo generan las cosas sino los que llevan o van en las cosas. Por mencionar un hecho diario, un carro, en sí mismo, no causa disgusto, pero su conductor arrogante y abusivo sí logra descomponer hasta el temperamento sereno y los buenos modales de un muerto satisfecho de su destino.

Por el contrario, con las cosas, los humanos únicamente atienden contratiempos. Si alguien se choca con una pared, no resuelve su dolor golpeándola o insultándola. Y de ninguna manera se llega a odiar la pared. Nadie se ve obligado a perdonar un muro.

El bípedo humano no le guarda rencor a los objetos, aunque lo perjudiquen. En el conflicto

con ellos, los objetos, de ordinario, salen bien librados u olvidados, pues las personas asumen la responsabilidad del pequeño o gran desastre presentado.

Diferente ocurre en el conflicto entre Pedro y yo. Pedro siempre es el culpable, y entonces se califica de histérico, agresivo, hurano, envidioso y similares; necesitado de un castigo ejemplar que puede ir desde una pena privativa de la libertad hasta una ayuda psiquiátrica sin término definido.

Mientras más se esté con la gente, mayor personalidad hay que poseer. Y eso porque habrá una gran cantidad de personas que le atribuyen al desamparado ser humano infinitas cualidades y defectos. Una personalidad superior se define por el mayor número de atributos positivos o negativos que recaigan sobre el individuo.

El ser humano solo, casi no tiene personalidad (en gracia de discusión se agrega el “casi”). Aristóteles afirmaba que “un hombre solitario es una bestia o un dios”, lo que parece ser una aseveración muy extrema o muy benévola. Tal vez resulte más realista sostener que una persona sola tiende a parecerse más a su esencia animal, guiado por sus naturales instintos. Solitario es un ser vivo que se asemeja a un hombre o a una mujer, según sea el sexo. Conversa con las cosas, o termina con ellas sin peleas históricas. Simplemente las domina o se someta a ellas, pero sin odios y sin entablar querellas. Por supuesto, de las cosas tampoco se esperan comentarios elogiosos o agravios respecto de un ser pensante, prácticas tan subjetivas que sería imposible que nacieran de algo tan objetivo y serio como un ente inanimado. Las cosas son ajenas a la lisonja y al ultraje.

Basta entender lo anterior para que los humanos defiendan

y hagan respetar el “derecho a estar solo”, sin que ello pueda dar lugar a molestias provenientes de los que defienden el derecho de compartir sus admirables experiencias con un millón de amigos, como cualquier predicador o político que se respete. No hay por qué preocuparse del anacoreta, cualquiera sea su estilo, pues hasta la baraja le ofrece pasatiempos con el juego conocido como “solitario”, y ya él tendrá una vida para inventarse formas privadas impensables de acompañar sus divagaciones. Por lo demás, con los solos no cabe el recelo, pues nunca constituirán un grupo de presión, porque por definición no pertenecen a nada que los relacione o comprometa con los designios de otros.

En Colombia, estar solo se ha convertido en una odisea, aunque sea para pulir una sílaba. Todos los días aparecen más festivales, carnavales, ferias, desfiles y bestias sobre caballos que irrumpen ruidosamente en todos los espacios y a cualquier hora, ofreciendo una monótona y falsa felicidad a un tumulto, ebrio por el alcohol o por la bobada. Reina una contaminación social insoportable, sin que se advierta algún remedio eficaz, porque los encargados de aplicar la receta están ocupados en atender a su millón de amigos o en aliviar su resaca perpetua. El espíritu y los destrozos de la turba avanzan sin freno.

Para coser estas percepciones, Sofocleto parece, simultánea-

mente, diferenciar el estar solo del concepto soledad. Y, como prueba de que su humor no es un chiste, explica que “la soledad consiste en estar con alguien que no está”; perfecta y estremecedora frase que indica que los solitarios no las tienen todas consigo cuando en sus vidas aparece la nostalgia por alguien que se aloja en lo más íntimo de los sentimientos, y ahí empieza a complicarse la existencia, como alma en pena; pero conste que el responsable no es una cosa. Los objetos no profanan el alma de las personas, ese espacio donde florece o se marchita la libertad humana sin la intervención de atrevidas y artificiales celebraciones mundanas. De este modo, Sofocleto marca la diferencia entre la persona sola y la persona abandonada: ésta se consagra a abrigar tristezas, circunstancia que nunca se escoge, de la misma manera que no se persiguen las pesadillas. La soledad nunca está sola.



Paracuellos, la escuela con hambre y golpes

Álvaro Vélez

De Carlos Giménez ya hemos hablado en ocasiones pasadas, a propósito de su libro de cómics *Los profesionales*. Pero este dibujante español tiene, como suele suceder con los grandes autores, más de una obra importante y *Paracuellos* es, quizás, la más significativa de todo su trabajo en historietas.

Paracuellos es una serie en cómic, dibujada por Carlos

Giménez entre 1977 y 2003, y recopilada en seis tomos (en el 2007 Ramdon House Mondadori editó un libro de toda la serie). Una vez más el transfondo de la historia es el periodo franquista en España, aunque en este caso nos encontramos durante los primeros años del ascenso del generalísimo y de todas las banderas falangistas. Por supuesto, España se divide en dos: los republicanos, que han perdido la guerra civil, y los nacionalistas, victoriosos y herederos del antiguo régimen monárquico. Los derrotados sufren entonces toda clase de vejámenes en manos de los victoriosos, durante un largo periodo que va hasta mediados de la década de los setenta, cuyos rezagos aún se pueden notar en la actual sociedad española —ahí tenemos entonces un ejemplo palpable y cercano de una sociedad dividida entre vencedores y vencidos—.

Uno de los casos concretos de los abusos sufridos por los derrotados, y por las clases menos favorecidas en general, durante los primeros años de la posguerra civil española son los hogares de la Obra Nacional de Auxilio Social, instituciones educativas para niños pobres, asistidas por la Iglesia. Uno de esos hogares se encontraba en las afueras de Madrid, exactamente en el sector de Paracuellos de Jarama. Allí estuvo Carlos Giménez durante su infancia y vivió en carne propia toda la represión del gobierno franquista.

Docenas de niños internos en el Auxilio Social de Paracuellos en medio de los abusos de sus profesores y entre ellos mismos. El hambre es lo que más azota en la institución educativa. Giménez cuenta, en *Paracuellos*, variadas historias en donde el hambre es la protagonista y cómo los niños se las arreglan para conseguir un bocado: guardan pedazos de pan



en los colchones; negocian con comida que han guardado o que sus parientes les han traído en los días de visita; se roban comida entre sí; hacen apuestas por una fruta o por un plato de sopa. Y, a pesar de la búsqueda incesante de un trozo de comida, siempre tienen hambre, porque la desnutrición se nota a leguas en los dibujos de Giménez: flacos, ojerosos y con una expresión de tristeza es el común denominador en los niños del Auxilio Social. Afortunadamente ahí está la lanza falangista, la disciplina, Dios, la patria y Franco, para combatir el dragón del hambre, porque España ahora es, y gracias a los nacionalistas, una, grande y libre.

Eso es lo que combate el hambre; así los niños no lo querrán creer resulta necesario que lo entiendan de otras formas, a los golpes, por ejemplo. Golpean a los niños las profesoras porque no hicieron la tarea o porque no saben sumar; los golpea Antonio, el encargado de enseñar la doctrina falangista, porque no formaron bien en el patio o porque algún niño se distrae en la formación; los golpea el padre Rodríguez —con su famoso invento: la cachetada doble—, porque no se saben una oración, porque hablan en misa o, sim-

plemente, por deporte, para que vayan aprendiendo cómo es de dura la vida.

Al igual que en *Los Profesionales*, Carlos Giménez, emprende la narración de *Paracuellos* valiéndose de sus propias experiencias, además de la ayuda de algunos amigos que estuvieron en el mismo hogar, o en otros similares a lo largo de España. Su método es la entrevista, que le sirve para recopilar las anécdotas que completan la historia de sus vivencias en la institución.

Con las historias recopiladas, Giménez empieza la serie de historietas con un dibujo detallado y realista, fruto de años de perfeccionamiento. Ese dibujo, además de lo que cuentan las palabras, muestra la dureza de las condiciones para esos niños de la temprana posguerra española, así como la cerrazón de una sociedad en torno a una sola visión, los abusos de un sistema contra lo más preciado de la sociedad: la infancia. Sin embargo, Giménez hace algo casi imposible, convertir la serie de historietas de *Paracuellos* en algo hermoso, en historias también llenas de ternura, de amor, de amistad, de esa esperanza que nunca se pierde, o que por lo menos es más difícil de perder

cuando se es niño. *Paracuellos*, además de mostrar la crueldad, también es capaz de revelar esas cosas bonitas, especiales y significativas de la infancia y que es imposible que un generalísimo, que una Iglesia Católica o que un puñado de profesores falangistas puedan arrebatarse del todo. Eso es, sobre todo, lo que nos quiere decir Giménez con su historietita, además de dejar un registro sincero de aquellos años oscuros de la España franquista:

Me gustaría que los relatos que se cuentan en los seis volúmenes de la serie *Paracuellos* fueran considerados no solamente como la historia de unos colegios raros y perversos, sino además, también, como una pequeña parte de la historia de la posguerra española. Quizás una parte no muy importante en términos generales, pero en términos particulares, para los que nos tocó vivirla y para nuestros familiares, suficientemente importante como para querer dejar constancia de ella.

Profesor Universidad de Antioquia



Nuevo Manual de Urbanidad para tiempos oscuros

Claudia Ivonne Giraldo G.

No hace mucho, quienes debían aprobar una materia que se llamaba, a secas, “Urbanidad”. Se estudiaba en la cartilla que había escrito el venezolano Manuel Antonio Carreño, fallecido en 1874. Un siglo después, su *Manual de Urbanidad*, fue jubilandamente paulatinamente de las insti-





Seguramente la regulación de las costumbres y de los comportamientos es la función de los manuales de urbanidad. Una regulación necesaria, como sabemos, para que los imperios y las civilizaciones tengan cierta estabilidad sobre los intereses morales, de clase y económicos que los sostienen. Una vez éstos se tambalean, también lo hacen sus signos y expresiones. Y en esa “dialéctica de las costumbres”, suponemos que a nuevos intereses, nuevas regulaciones que marquen los límites, cada vez, hay que aceptarlo, más difusos. Pero nos quedamos sin manual, desurbanizados, sin nada.

La ciudad, la fiesta pública es escenario suficiente y significativo para comprobar que la ciudadanía, toda variopinta, no sabe de modales, de respeto o de límites, y que los esfuerzos de la municipalidad por darle orden al caos son vanos empeños.

Comportamientos que antes parecían lógicos y apenas naturales para estar en sana convivencia y relativa armonía, se contravienen sin ningún miramiento: desde los simples actos como caminar por la derecha, ceder el puesto en el metro a las señoras embarazadas o a las personas de edad; no secarse el sudor con la manga de la camisa; jamás escupir en la calle ni orinar por ahí, en donde les venga en gana a los señores; nunca usar el palillo ni la seda de dientes en público; conducir respetando las reglas de tránsito; no saludar con palabrotas a los congéneres; no arrojar los envoltorios de la comida del paseo por la ventanilla del carro, o del bus; y no contaminar, ni ensuciar el agua, esos nuevos pecados capitales.

En vista del desastre, hay que darles la razón, hasta cierto punto, a los manuales de urbanidad: perdido el norte de una verdadera ética ciudadana, debemos recono-

cer que actuar para agradar a los demás, o por lo menos, para no desagradar, tiene mucho sentido, si creemos, como deberíamos, en la máxima regla, la de oro de la convivencia: *nuestra libertad termina en donde empieza la de los demás.*

Además de volver a instaurar la enseñanza de la ortografía, valdría bien la pena, y significaría mucho, que los alcaldes dejaran sus megalíticos egos a un lado, se dejaran de esta orgía de cemento que tanto parece complacerlos a ellos y a sus contratistas y, en cambio, repartieran gratuitamente una cartilla nueva y novedosa, que les brindara a los estudiantes la posibilidad de entender que, diferente y todo, el otro, la otra, son seres humanos como él, como ella, y merecen respeto. Una ciudadana culta que piense en el otro antes de estornudar a pulmón herido en espacio público, antes de ofender de palabra y de obra, gracias al respeto sin el que los modales devienen poses y los valores meros empalagos.

Y con este tono de señora victoriana ofendida, la nariz levantada y un tanto asqueada, no queda otro remedio que sentarse a pensar en ese nuevo manual de urbanidad para tiempos oscuros.



“Vendrá la muerte
y tendrá tus ojos” *

Eliseo Gil

Hay un momento en que la mente da hospedaje a una idea que hasta entonces era eso: una idea – algo que sucede a otros –, y todo comienza

a cambiar. Llega así de pronto, agazapada, y ya no hay vuelta atrás. No es como el amor que, silvestre, nos lo encontramos a la vuelta de la esquina, ni como la fortuna, poco democrática, que sabe a quien elige o a quien contrariar. Llega casi siempre a una edad en que las opciones se angostan para recordarnos cuán frágiles somos y cuánto de ilusión tiene la existencia. Llega para hacernos saber también que es necesario aplicarnos con juicio a la tarea que nos corresponde, que no existen más plazos y que el único tiempo del cual disponemos es el presente. El de las horas y los días que uno tras otro empiezan alejarnos de la vida.

Decía Cioran, ya viejo, que un verdadero escritor sólo lo es cuando la muerte hace parte esencial de sus libros y reflexiones. Y hablaba de Proust, un autor que escribió su gran obra en vísperas de la suya, para corroborar su aserto. Hasta entonces, hasta no hacerlo, parecía también decirlo, un escritor aún no sabe de lo que habla.

Aunque la muerte siempre está presente en la conciencia individual, de un modo u otro, la estamos experimentando con los amigos, parientes y cercanos, en las bestias y plantas, en los ciclos de la naturaleza, el hecho es que la vivimos como un suceso ajeno, “de oídas”, hasta que llega el día en que, por debajo de la puerta, ella nos hace llegar su tarjeta de visita.

Entonces, como lo describió el poeta José Manuel Arango, la tendremos siempre detrás, a la pelona, mirando sobre los hombros, percibiéndose de lo que escribimos y, por supuesto, de lo que hacemos. Como una novia malquerida, hostigosa e inoportuna, que no nos da tregua y con la cual, tarde que temprano, consumamos el luctuoso, fúnebre, enigmático, matrimonio.

Pero que la muerte, o mejor, la idea de morir, empiece a

acompañarnos es, mal que bien, un privilegio de la edad. En una palabra, cuando envejecemos y empezamos a advertir que las cosas tienen un peso y una gravedad que al parecer no tenían antes. Momentos, pues, para dedicarnos a la reflexión y a mirar el mundo desde una posición curiosa, tal vez única: aquélla desde la que, no necesariamente con tristeza o drama, le empezamos a decir adiós a todo.

Los antiguos, exagerando el asunto, la llamaban la edad de la sabiduría, quizás porque en ese entonces eran escasos, pocos, los que llegaban a viejos. Sabiduría, no sólo para resignarnos a ver cómo, anticipándose, nuestros seres más queridos caen como moscas, sino también para convenir que en la existencia todo es tan provisional e ilusorio, que intentar cualquier acción es cosa de locos.

Colocarse en cuclillas, como los hindúes, a ver pasar la vida hasta que ella pase con uno, es una recomendación que por lo menos no hace daño a nadie y que si afecta los riñones, tiene cura. Y que no está mal para sobrellevar un presente sin filosofías que enseñen al menos a morir, o a pasar la calle, por lo pronto, al que llega a viejo.

*En memoria de Miguel Escobar
y Ethel Gilmour.*

* César Pavese

Esta publicación pertenece a



**Asociación de Revistas
Culturales Colombianas**